

El Sol
de
Carabobo

La batalla librada por el Libertador SIMON BOLIVAR el 24 de junio de 1821, ofrece singulares características que conviene analizar hoy en su evocación sesquicentenario.

En primer lugar, Carabobo fue el resultado de la unión y hermandad de la Nueva Granada y Venezuela para consolidar el nacimiento de la gran nación de Bolívar. Su preparación y financiación se llevaron a cabo práctica y totalmente en el entonces departamento de Cundinamarca y con sus recursos humanos y materiales. Sus provincias, principalmente las de Santafé, Tunja, El Socorro, Pamplona, Antioquia y Casanare, ofrecieron generosamente sus mejores hombres, sus tesoros, ganados y el trabajo de sus gentes en aras de la libertad de Venezuela; que también generosamente, en la Campaña Libertadora de 1819, había brindado el esfuerzo y sangre de sus ínclitos varones por la nuestra. Sin temor a equivocarnos, bien podemos afirmar que en Carabobo las cuotas de combatientes se repartieron de la siguiente manera; en la infantería: 70% de granadinos, 20% de venezolanos y 10% de legionarios ingleses

y alemanes; en la caballería 30% de granadinos, 70% de venezolanos. Esta circunstancia nos lleva a concluir, que no hay otra fecha más propicia para demostrar la indisoluble historia de nuestros pueblos y su común destino.

Desde el punto de vista militar, aquella jornada es quizá a la luz de los principios de la guerra, la mejor campaña realizada por Bolívar; por líneas exteriores, magistral y admirablemente planeada, coordinada y ejecutada. Mientras el esfuerzo principal del Ejército Libertador avanzaba lenta y calculadamente de Barinas hacia el centro de Venezuela en busca de un punto conveniente para la concentración de las columnas de Páez y Urdaneta; Bermúdez toma a Caracas y amenaza la principal línea de comunicaciones del Ejército realista, obligando a su jefe, Mariscal de Campo Don Miguel De La Torre, a retirar una importante División que cubría los Llanos de Calabozo, para reconquistar la capital. Luego, en vísperas de la batalla, otra operación llevada a efecto por el Coronel Cruz Carrillo, amenaza a Valencia y Puerto Cabello; y el jefe español, con sus fuerzas concentradas en el campo de Carabobo, tiene que desprenderse de otros dos batallones para conjurar el peligro a sus espaldas. Y, cuando está conveniente y favorablemente dosificado el dispositivo adversario, Bolívar avanza hacia él en busca de la victoria.

La batalla ofrece igualmente el sabor clásico de una táctica brillantemente preconcebida y ejecutada. Al tiempo que la Tercera División del Coronel Ambrosio Plaza, presiona frontalmente la organización defensiva del enemigo; Bolívar, con el ataque principal integrado por las Divisiones de Páez y Cedeño, avanza hacia el flanco no defendido por La Torre, quien, sin embargo, logra acudir allí con buena parte de su infantería. Se traba entonces sangrienta refriega, donde no se sabe que admirar más: si la heroica y terrible defensa de los ingleses que permite la reorganización de Bravos de Apure; si la intrepidez con que este batallón volvió a cargar reforzado con dos Compañías del Tiradores que fueron suficientes para alcanzar el borde de la sabana; o finalmente, el arrojo de los fieros centauros del llano, cuya presencia, en escaso número, fue suficiente para poner en vergonzosa fuga a los 1.500 jinetes de Húsares, Dragones y Lanceros del Rey.

Mas no todo es desastre en las filas otrora victoriosas de la madre España, en medio del desorden y la confusión de sus batallones y escuadrones que eran por cierto criollos seguidores del rey, pero con poco ánimo de enfrentarse contra su patria nativa, surge como una muralla impenetrable a la derrota, el mejor de sus cuerpos: El 1er. Batallón de Valencey, comandado por el bizarro Coronel Tomás García. "El sol de España en el ocaso, dice el cantor de Venezuela heroica, tuvo un momento, antes de desaparecer de nuestro cielo, la esplendidez del medio día; lanzó un rayo de luz que a todos deslumbró: fue aquel rayo GARCIA; su disco, VALENCEY". 30 kilómetros de retirada soportando el impetuoso ataque de los más intrépidos jinetes del llano y de los batallones Rifles y Granaderos, sirvieron para demostrar que el valor castellano, no podía ser vencido por el valor americano. Por eso cuando los estandartes hispanos descendieron del Ande al mar rumbo a la tierra Ibérica, el tricolor incólume de Colombia rindióles tributo de veneración; porque la raza del Cid y de Pizarro, del Gran Capitán y de Quesada, al fusionarse con la sangre india del nuevo continente, a más de engendrar sus virtudes y crear nexos indestructibles de hermandad, enseñó al mundo de los bárbaros, cómo para honra de la humanidad y bendición perenne de los pueblos, se conquista sin exterminio y se coloniza sin complejo racial.

Así, Carabobo es el encuentro de las glorias de la nacionalidad hispanoamericana, pero particularmente los colombianos y venezolanos de hoy, debemos poner nuestras miradas allá en los horizontes que iluminó el sol de Carabobo, con el fin de que el genio eterno del Libertador sea el árbitro decisivo de nuestros destinos y se mantengan y aumenten los tradicionales lazos de hermandad, plasmados sobre el mismo tricolor que glorioso tremoló el 24 de junio de 1821 sobre la fronda hermosa de aquella llanura. De esta manera obtendremos una común prosperidad y grandeza, así lograremos que la América de Bolívar se levante como un árbol de paz en medio del bosque universal de las tormentas.